

LA NORIA Y LOS PARADIGMAS DE LA ARQUEOLOGÍA URBANA

LA NORIA E OS PARADIGMAS DA ARQUEOLOGIA URBANA

LA NORIA AND THE PARADIGMS OF URBAN ARCHAEOLOGY

Daniel Schávelzon ¹

Palabras clave: arqueología urbana – ciudad de Buenos Aires – ocupaciones indígenas – paradigmas

Palavras-chave: arqueologia urbana – cidade de Buenos Aires - ocupações indígenas - paradigmas

Key words: urban archaeology – city of Buenos Aires – indigenous settlements - paradigms

Sabemos desde que la ciencia avanza cuando cambian los paradigmas que la regulan. Siempre hay hallazgos significativos que golpean lo instituido. Pero hay que ver si son el producto, o los generadores, de los grandes cambios en las formas de pensar de las sociedades. Pero para que los cambios se establezcan, se acepten, se difundan, hay algo más grande que necesita transformarse.

La ciudad de Buenos Aires fue fundada en 1580 por Juan de Garay, lo sabemos también, y antes estuvo Pedro de Mendoza en 1536 quien no logró que prosperara esa cabecera de puente que necesitaba para ingresar al interior, lo que sí pudo hacer. Lo que no sabemos es si en ese lugar había población originaria. Los textos hablan de la presencia de indígenas en forma indirecta, con los que se relacionaban de una manera u otra, que los atacaban y eran varios miles, o cuando ellos atacaban sus asentamientos eran muy pocos y apenas tenían para darles de comer.

Se ha aceptado siempre que aquí había una población “nómada” que aparecía cuando a los conquistadores les era necesaria, o los atacaban saliendo de “una junquera” al decir de Pedro Antón, causándoles grandes estragos. Se asume que no eran sedentarios y que no había poblados ni aquí ni cerca porque lo dijeron los invasores, ¿alguien va a discutirles? También se aceptaba que vivían en algún lugar, es decir que “estaban” en un sitio al que no se lo describió ni tenía nombre, eran lugares en la nada. Utz Schmidl (2003), cuando hablaba de los poblados indígenas decía “ocupamos su lugar”, “donde ellos estaban” o “en la sobredicha localidad”. Y a la vez exageraba su propio rancharío hasta transformarlo en un poblado o incluso en una ciudad. Antón, más realista, dijo que el Adelantado vivía en unas “feméntidas cabañas”¹ y que las demás “se hacían menores” (Schmidl, 2003). ¿Qué era más grande, mejor o más sólido? ¿Las viviendas de unos o de otros? Cosas discutibles.

Para denigrar a la población original se difundió, ya en el siglo XIX, la imagen del indígena desaliñado, salvaje, saqueador; era necesario incluirlos como parte de un universo primitivo

¹Centro de Arqueología Urbana, Instituto de Arte Americano, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires (UBA) – Argentina - dschavelzon@fibertel.com.ar

necesario de “superar”, progreso al fin. Para construir la Nación se creía necesario tener un pasado separado del presente y para eso nació la arqueología, para construir la nacionalidad. Por eso la historia porteña fue considerada comenzando en 1536 en un lugar vacío, en la nada: si a Mendoza lo atacaron cuatro mil indígenas, esos no tenían historia ni vivieron en ninguna parte. Pasó algo similar cuando la arqueología dijo que en Parque Lezama no había rastros de que allí se estableciera Mendoza: nadie le hizo caso al tema, nadie movería el monumento. Aunque los que lo hicieron y determinaron el lugar aceptaron que era una ubicación cualquiera, sin sustento histórico: lo pusieron allí por decisión política y porque estaba el parque y se lo necesitaba para la fiesta. Nadie iba a cambiar el relato de la maestra o el manual escolar, ya estaban escritos.

Con el correr de los años se fue viendo que en la ciudad y en sus alrededores había evidencias materiales de poblaciones originarias. Lo descubrieron los arqueólogos pioneros, desde Moreno a Rusconi², que veían cerámicas y piedras trabajadas dispersas: era como si alguien -alguien originario quiero decir-, hubiera andado por aquí antes, durante o después de la conquista. Pero desde que la arqueología comenzó a excavar bajo edificios y viviendas, los objetos indígenas aparecieron por doquier aunque sin un contexto claro. Cientos de fragmentos de cerámicas, objetos de piedra, agujeros de postes, daban una idea de que algo había pero era imposible definirlo: la destrucción había sido sistemática. La ciudad ha sido demasiado alterada en su subsuelo, pero los restos materiales ahí estaban; la destrucción no destruye, valga la redundancia, sólo cambia las cosas de lugar.

En los alrededores y por fuera de la urbanización las cosas se han ido clarificando y se han estudiado sitios precolombinos con características a veces similares entre ellos, a veces diferentes, que corresponden a épocas variadas en sus expresiones sociales, temporales y culturales. Esas diferencias son lógicas ya que no era una población homogénea; ni siquiera sabemos bien como era el mosaico regional en el siglo XVI, étnico y lingüísticamente, aún menos lo conocemos antes de esa fecha. Y cuanto más lejos se ha ido a buscar, mayor es la información que ha sido posible obtener porque está menos destruida.

Pero lo que nadie imaginaba era que dentro del territorio de la capital, en el único rincón poco perturbado que quedaba, se podrían encontrar evidencias concretas y sin grandes alteraciones de una aldea prehispánica: el sitio arqueológico La Noria (ver L. Suárez en este mismo número). Si eso podía existir ¿no podrían haber lugares contemporáneos e incluso posteriores al siglo XVI? Una vez roto el paradigma todo puede suceder. Cuando llegaron los europeos es probable que del sitio La Noria nada existiera, que sus modestas cabañas o refugios hechos de troncos hubieran desaparecido. O quizás otros habitantes, otras lenguas, otras tradiciones, llegaron más tarde; pasaron por encima cientos de carros que formaron un camino para el ganado, un puente, luego otro más grande, personas que paraban en la zona a cocinar o tomar mate, y veremos que incluso algunos esclavos africanos o afrodescendientes hicieron ceremonias a uno de sus dioses. Y otros, personas y animales, caminaron por encima una y otra vez, rompiendo, dispersando. Mucho más tarde se construyeron unas pocas casas, se hizo un autódromo, se movió tierra con maquinaria, se rectificó el Riachuelo, pero pese a todo quedaron debajo del suelo las evidencias materiales de estos primeros pobladores de la futura ciudad. El hallazgo del sitio La Noria es un trabajo de arqueología que, en una historia de larga duración, le dio a Buenos Aires varios siglos más de pasado.

Para una historia descolonizada, el pensar que el sitio que ocupa la ciudad o parte de ella estuvo poblado desde antiguo, que la llegada de España al lugar fue imponer un nuevo trazado sobre lo que quizás era una aldea, parecida o no a la de La Noria, es una mirada diferente. Fue quizás como lo que se descubrió en Sancti Spiritus, donde había una aldea indígena y los invasores simplemente se asentaron encima de ella, sin decirlo nunca (Cocco *et al.*, 2016).

¿Puede la historia escrita ocultar las cosas a tal grado que se desconoció la existencia de esos pobladores porque se apropió de sus tierras, casas y comida, expulsándolos? No hay duda de que las historias que nos cuentan que la población originaria se rebeló porque se le exigió alimentar a la tropa -eran casi 2000 personas, nada menos- y se negaron a hacerlo, parece un cuento infantil. No porque no fuese verdad, seguramente sí lo exigieron, pero eso nos hace pensar que debían ser muchos, ya que de otra manera era absurdo pedirlo, y que además estaban en el lugar o muy cerca. Y que fueron tantos que cuando se rebelaron sitiaron el poblado y pusieron en apuros a mercenarios profesionales. Si eran cuatro mil como dijo Schmidl, o era otra de sus exageraciones, no importa, ya que según lo dicho por los demás testigos sin duda eran muchos y eso nos sirve para repensar la densidad poblacional de la región.

Es factible poder enfrentar una hipótesis: ¿había una aldea (estable o no), o varias de ellas, en donde se fundó la ciudad o en su entorno cercano? Y si la hubo, ¿fue desconocida por los invasores para justificar su ocupación? Recordemos que si algo exigió la Corona fue respetar a los poblados existentes, o al menos no decirlo por escrito. No es que la realidad fuese esa y bien lo demostró Fray Bartolomé de las Casas antes de que se fundara Buenos Aires. A la población local la desconocían y así evitaban futuras discusiones.

Hoy sabemos de cosas que fueron habituales en todo el continente: por lógica absoluta los conquistadores –como cualquier otro–, ocupaban lugares que tenían comodidades y no sólo para sus barcos. Porque además de apropiarse de las tierras implicaban acceso al agua, alimentos y, más que nada, dar la imagen de fuerza y poder sin la cual todo el esfuerzo sería en vano. No estamos hablando de lugares con pirámides, plazas y palacios incaicos o mayas, sino modestas aldeas. Que ésta no era *Tierra Nullis*, base del derecho para ocupar espacios del mundo que Occidente consideraba que no eran de nadie. Era de “alguien” y desde hacía muchos siglos. El problema es probarlo. Es pensar lo que dijo Schmidl, al describir su llegada a

“la susodicha ciudad de Buenos Aires (...), hemos encontrado en esta tierra un lugar de indios los cuales se han llamado Querandís; ellos han sido alrededor de tres mil hombres formados con sus mujeres e hijos (...). En cuanto a Querandís no tienen un paradero propio en el país; vagan por la tierra al igual que aquí en los países alemanes, los gitanos” (Schmidl, 2003, p. 66, subrayado propio).

Francisco de Villalta escribió en 1556 que *“es gente que anda de noche y mesón³, ya algunos de ellos habían dado vista al pueblo y entrado en él, y como éstos son gente movida, se iban y se alojaban en los confines del pueblo”* (Villalta, 1556, 4). ¿Se alojaban en los confines del pueblo? ¿Dónde se alojaban y en qué pueblo si era un caserío cerca de los barcos? Todo es poco claro pero algo está indicando.

Cuando se envió a Diego de Mendoza con treinta hombres a caballo y trescientos soldados en la zona del río Luján, a castigar a los indígenas por no darles más alimentos (¿cómo sabían que era ahí y no en otro lado?), la instrucción fue clara: “*tomar presos o matar a los indios y apoderarse de su pueblo*” (Schmidl, 2003, p. 67). Era evidente que había una población estable: apoderarse del pueblo al que supieron llegar, lo que implica un camino, y que eran tantos que pese al poder de dicha temible fuerza militar, el propio jefe murió con su gente. Es evidente que era mucha gente la que vivía en la región, que había poblados, y no que era un espacio vacío con “gitanos” que andaban “de noche y mesón”.

La arqueología hecha en la ciudad y su entorno es mucha y siempre partió de la suposición de que los objetos indígenas, a veces precolombinos, otros coloniales hechos con torno e incluso con formas no locales, eran objetos llegados desde sitios cercanos o lejanos. Es posible que, dado el alto valor de las mayólicas traídas desde España, y en general por la pobreza de los españoles, se usara vajilla de manufactura local. Es posible pero no está demostrado. No sabemos quién usaba qué, pero lo que no hay duda es de la presencia de esos objetos y de su lenta transformación al gusto y necesidades de los españoles. También sabíamos que era habitual la llegada masiva de indígenas de las Misiones Jesuíticas para trabajar en la construcción de iglesias o en las obras del fuerte, alguna vez hasta dos mil personas, y seguramente traerían sus objetos. En síntesis, lo que se veía era lo que vemos: un mosaico de objetos, locales, llegados de afuera, llegados de cerca, incluyendo muchos hechos antes o que siguieron haciéndose con el mismo sistema.

A lo largo de los estudios de los últimos años, y con base en La Noria, ya podemos imaginar ese imposible: que hubo población precolombina donde hoy está la ciudad. Ameghino, Moreno y tantos otros fueron los primeros que encontraron evidencias cuya ubicación en el tiempo era imposible conocer; más tarde la nueva generación de interesados, entre la que destacamos a Carlos Rusconi, entendieron que había lo que ellos llamaban “paraderos” (Rusconi, 1928), lugares que grupos nómades usaban por temporadas. La horrible palabra mostraba lo que imaginaban que debía ser, otra cosa era imposible. Eran cerámicas, boleadoras, adornos, piedras lasqueadas, la evidencia material de esa existencia. Pero no se podía avanzar más.

Para la década de 1970 comenzaron a hacerse estudios más detenidos con la posibilidad de tener fechas de Carbono 14, pero la ciudad había crecido tanto que era una arqueología de los espacios vacantes: se hacía donde había la posibilidad de hacerla. Estaba destruida la mayor parte de la superficie y sus alrededores crecían de manera incontrolada. Así, las evidencias que se encontraban iban formando un cordón periférico que no podía entrar en la ciudad misma. No fue fácil reconocer que en el entorno hubo una población -o varias-, que en diferentes épocas vivieron o usaron el espacio pampeano, o las grandes planicies de inundación. Sitios que, tanto por destrucción como por el paradigma imperante, eran considerados como “sitios” en sí mismo y era imposible pensar a escala territorial.

Con los avances teóricos de la arqueología las cosas fueron cambiando y hoy tenemos miradas regionales en profundidad, decenas de lugares estudiados y cuantiosa información. Pero la mancha urbana crece, los sitios desaparecen y la mayor parte de los terrenos ni siquiera fueron caminados por un arqueólogo. Porque es imposible hacerlo de manera voluntarista y porque nadie está interesado, ni desde el estado, ni desde los intereses inmobiliarios, ni desde la arqueología: hace poco hubo una enorme toma de terrenos en Guernica, provincia de Buenos Aires, que luego fue

desalojada; ¿algún arqueólogo de las instituciones involucradas la recorrió? Por otra parte hay una franca oposición a la arqueología contractual y de rescate financiada por los propietarios de la tierra.

En la zona céntrica de la ciudad las cosas también parecían diferentes a lo que nos decían los papeles escritos, pero hoy tenemos otra mirada: si bien nunca encontramos un contexto claramente indígena y prehispánico, tampoco se pudo excavar en áreas abiertas grandes, o, si era factible hacerlo, todo estaba tan alterado que nada se obtenía. Pese a esta situación la dimensión cuantitativa de lo prehispánico era importante. Por ejemplo, en la excavación en la calle Perú 680 el 36,3% de las cerámicas eran indígenas (Schávelzon, 1995b). Pre o poscolombinas, es un porcentaje fuerte de asimilar. En el Cabildo el saldo total fue de más de 25% de todo lo anterior a la presencia de la loza (Schávelzon, 1995a). En otros lugares céntricos sucede algo similar, aunque no se haya separado en la cuenta las cerámicas indígenas pre y post-hispánicas o lo que denominamos criollo o hispanoamericano. Pero en la casa de Josefa Ezcurra en Alsina 455 hubo un total de 34,06% de toda la cerámica hasta el siglo XX (Schávelzon y Malbrán, 1997), y en uno de los pozos de descarte de H. Yrigoyen 979 el promedio total absoluto fue del 10,78%; en el convento de Santa Catalina, con la tierra arrojada dentro de una letrina del siglo XVIII hubo un 11,23% (Schávelzon y Silveira, 2005). En la excavación de restos del fuerte bajo de la Casa Rosada, nuevamente asociadas a una estructura del siglo XVII, había cerámicas indígenas incluidas en la tierra usada para las juntas de unión de los ladrillos (Schávelzon, Girelli y Martínez, 2019). También hay excavadas piedras de moler que ni son locales ni parecen coloniales, y una base de mortero plano en Alsina 455 en cuyo patio del fondo hay una fecha de C14 de 1590±50 (Schávelzon, 1998). En cuanto a puntas de proyectil sólo se encontró una en la zona céntrica y muy peculiar, sin uso ni retoques. Y hay hallazgos esporádicos o muy dispersos por la ciudad hasta en el barrio de Flores donde se encontró una insólita punta de flecha (Ameghino, 1884). Lascas de piedra se han hallado, pero como los trabajos de obra las generaban en cantidad, en especial en el siglo XIX, es complejo diferenciarlas al grado que muchos investigadores han señalado piedras de rifle como raspadores, cometiendo también el error inverso.

Si nos preguntamos qué significa todo esto, hay infinidad de respuestas. Pero lo indiscutible es la presencia de esas cerámicas y esos objetos. Es decir, que no ha habido excavación céntrica en la ciudad de contextos antiguos que no haya puesto en evidencia la presencia de cultura material indígena. ¿El que los desconozcamos es un error censal o una invisibilización? ¿Algo similar a lo que se hizo con la población afro? Valga que en el censo de 1738 aún se cuantificaba “*al bulto*” (como cuando dicen que en una casa habían “varios negritos”) (D.H.A., 1939). No parecería raro que no se tomaran en cuenta a unos indígenas si lo que se buscaba era censar “*vecinos*” que pudieran pagar impuestos. Dicho censo trae datos notables: en las calles Tacuarí y Viamonte habían “ranchos de cueros” con dos y cuatro habitantes. Esas construcciones, exóticas entre las categorías utilizadas para las casas y los ranchos que usaban, (sólo se censaron dos), muestran que sí es posible hablar de viviendas indígenas aun en tiempos tardíos. Esa presencia de viviendas hechas con cueros, la infinidad de objetos cerámicos, sumado a los hallazgos en La Noria, lleva a una revisión de la evidencia arqueológica previa de la ciudad.

La posible presencia indígena en la ciudad, en su cultura material y sus viviendas, en esos agujeros de postes encontrados varias veces y que tanto parecen coincidir con La Noria, nos dice que muy seguramente hubo quienes vivieron en el lugar de la ciudad, que ocuparon el territorio antes de la llegada de Pedro de Mendoza, quien tuvo que luchar con ellos; nadie lucha por espacios vacíos.

El haber redescubierto y excavado el sitio La Noria, y por ende fechar y describir un asentamiento -temporal o no- que precedió a la llegada de Europa, nos abre innumerables preguntas y dudas acerca de nuestra historia; y nos lleva a revisar nuestro propio trabajo. Así es como avanza la ciencia y el conocimiento: generando nuevas preguntas y tratando de darles respuesta, y ayudando a que los cambios de paradigmas traigan avances consecuentes.

NOTAS

¹ En español antiguo quería decir: “Cosa que no tiene fe ni palabra”, algo engañoso, que era mentira, una apariencia.

² Ver por ejemplo Ameghino (1884), Basavilbaso (1937), Rusconi (1928), Villegas (1933).

³ Expresión española antigua de no quedarse quieto en un sitio, andar “toda la noche de bares” sería un símil.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ameghino, F. (1884). Excursiones geológicas y paleontológicas en la provincia de Buenos Aires. *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, 6, pp. 162-257.

Basavilbaso, F. (1937). Un paradero indígena en el margen Izquierdo del Río Matanzas. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* I, pp. 59-69.

Cocco, G., Pasquali, C., Letieri, F., Frittegotto, G., Azkarate, A., Sanchez-Pinto, I., Escribano-Ruiz, S. y Benedet, V. (2016). Sancti Spiritus, 1527–1529. En L. M. Calvo y G. Cocco (comps.), *Aportes al estudio de los primeros asentamientos europeos en Sudamérica*, pp. 201-220. Buenos Aires: Ediciones UNL.

Rusconi, C. (1928). Investigaciones arqueológicas en el Sur de Villa Lugano (Capital Federal). *GAEA* III(1), pp. 75 - 117.

Schávelzon, D. (1995a). *Arqueología e historia del Cabildo de Buenos Aires: informe de las excavaciones (1991-1992)*. Historical Archaeology in Latin America. Columbia, USA: Universit y of South Carolina

Schávelzon, D. (1995b). Excavaciones en la Imprenta Coni, San Telmo. *Arqueología Histórica de Buenos Aires* III. Ciudad de Buenos Aires: Editorial Corregidor

Schávelzon, D. (1998). Un fechado de Carbono-14 para Buenos Aires: el contexto más antiguo de la ciudad. [Informe]. Circular número 21 del Centro de Arqueología Urbana. Disponible en <http://www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=1431> [Acceso 2016]

Schávelzon, D., Girelli, F. y Martínez Álvarez, M. (2019). *Arqueología de rescate en Casa Rosada: Del Palacio de los Virreyes a la Casa de Gobierno Nacional (1594-1884)*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Centro de Arqueología Urbana.

Schávelzon, D. y Malbrán, A. (1997). Excavaciones en la Casa Ezcurra. Primer informe. Programa por la Memoria Secretaría de Cultura Gobierno de la Ciudad.

Schávelzon, D. y Silveira, M. (2005). La vida cotidiana en un convento colonial: Santa Catalina De Sena a través de la arqueología. *Mundo de Antes*, 4, 105-126. Tucumán: Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán.

Villegas, F. (1933). Notas arqueológicas, un paradero indígena en el sur de V. Lugano (Capital Federal). *Boletín de Colegio Nacional Manuel Belgrano*, 7, 40-44.

FUENTES HISTÓRICAS ÉDITAS

Documentos para la Historia Argentina [D.H.A.] (1939). Padrones de la Ciudad y la campaña de Buenos Aires. En Documentos para la Historia Argentina. Tomo X, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Schmidl, U. (2003) [1567]. *Viaje al Río de la Plata*. [en línea]. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/10069.pdf> [Acceso 2020].

Villalta, F. (1556). Informe de Francisco de Villalta sobre exploración y poblamiento en el Plata [Informe]. Biblioteca de la Real Academia de la Historia - Colección de Muñoz. -Tomo 80 Folio 331 a 341. -1536-56. Río de la Plata. Simancas. -Ordenanzas. -Escrituras. Disponible en http://www.argentinahistorica.com.ar/intro_archivo.php?tema=1&titulo=2&subtitulo=&doc=36 [Acceso 2020].

EL AUTOR

Arquitecto (1968-1975), Facultad de Arquitectura y Urbanismo (actual FADU), Universidad de Buenos Aires. Maestría en Arquitectura (1977-1981), Especialidad en Restauración de Monumentos y Sitios Históricos, Escuela de Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México. Tesis: Historia de los primeros proyectos de restauración en México. Doctorado en Arquitectura (1982-1984). Especialidad en Arquitectura Prehispánica, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México. Tesis: *Historia y teorías de la restauración arqueológica en México (1780-1980)*.

Sus áreas de trabajo son la arqueología histórica y la conservación del patrimonio cultural. Ha publicado más de 30 libros y más de 300 artículos en revistas científicas y de divulgación. Realiza numerosos trabajos de campo y viajes periódicos por América Latina y Estados Unidos.

Ha recibido premios y becas internacionales, como la beca Guggenheim (New York 1994); National Gallery of Art-CASVA (Washington, 1995), Graham Foundation for the Arts de Chicago (1984), Getty Grant Program (1991), Harvard University-Dumbarton Oaks (1996), DAAD Berlín (1988), Center for Latin-American Studies de la University of Pittsburgh (2002), FAMSI, Florida (1995), Centro de Antropología Comparada de la Universidad de Bonn (1998) entre otros.